

Reseñas

La mirada espejeante de *El espejo*

LORENZO J. TORRES HORTELANO
UNIVERSIDAD REY JUAN CARLOS

La mirada espejeante. Análisis textual del film El espejo de Andréi Tarkovski
Julio César Goyes

La mirada espejeante. Análisis textual del film El espejo de Andréi Tarkovski (2016, 582 p.), de Julio César Goyes, es el resultado de una extensa investigación académica que resultó en la defensa de la tesis doctoral homónima en 2014. En su momento formé parte del tribunal académico que juzgó esta tesis y que mereció unánimemente la calificación más alta en el sistema universitario en España, la de Sobresaliente Cum Laude (defendida en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense y dirigida por el catedrático de dicha universidad, Jesús González Requena). Este origen híbrido se calibra a menudo negativamente, pero en este caso pienso que es valedor imprescindible que demuestre el trabajo continuado y valioso de su autor a lo largo de un laborioso y provechoso, por mor de los resultados, periodo de profunda inmer-

sión en el objeto de análisis, que es también, como describiré más abajo, un proceso de acercamiento poético –y no sólo porque Goyes sea un poeta de valía, hecho que se percibe en su escritura preciosista, mas no recargada– o incluso *amoroso*, como afirma González Requena en la “Presentación” de la obra. En un momento en el que se escriben y definden tesis doctorales como churros –no precisamente de los que se mojan en San Ginés–, encontrarse con un esfuerzo como el de Goyes, es motivo de alegría. Tampoco es buen momento para el libro sobre cine: predomina el libro de anécdotas de las estrellas, o de propuestas híbridas (el cine y la filosofía, el cine y la arquitectura, etc); pero no obras que analicen en profundidad una determinada película. Nunca ha sido habitual. Quizá siempre lo debió ser.



Otra preocupación generalizada en el campo de la edición de libros en general es que se suele pensar con desconfianza acerca de un libro cuyo origen sea una tesis doctoral, prejuiciando mediante lugares comunes del tipo “será un ladrillo”, “interesará sólo a los expertos”, o “se publica para engordar el currículum”. Mi opinión es que nada de esto se da en este caso concreto, pues su seriedad científica tanto como su calidad literaria o poética, así como su honestidad intelectual se cumplen con creces.

De hecho, en la misma línea prejuiciosa, suele aconsejarse al novel doctor que “resuma el libro” para hacer más amena la lectura, de manera especial en cuanto a la “metodología”, “que se elimine, pues no va a interesar al lector medio”. Afortunadamente, quizá debido a la madurez tanto física como intelectual del autor, esta imprescindible parte de desarrollo teórico se ha mantenido en el libro y sólo podemos corresponder a Goyes con una lectura atenta por la valentía e inteligencia por haberla mantenido en la versión final, pues ayuda a entender tanto la innovadora metodología empleada, de la que enseguida hablaré, como su aplicación al análisis fílmico.

En concreto, Goyes analiza en profundidad uno de los filmes más representa-

tivos del que es, a su vez, uno de los más importantes directores cinematográficos de la historia del cine. Para ello, el investigador aplica el método de análisis textual desarrollado por González Requena y su grupo de investigación, Trama y Fondo (www.tramayfondo.com), que ha venido cristalizando en la llamada Teoría del Texto y cuya revista homónima tienen el lector en sus manos. Este grupo de investigación cumplió en el año 2016 sus veinte años de existencia que pudieron celebrarse en la sede universitaria de la editorial que publica su obra, la Universidad Nacional de Colombia, y ello con motivo del VIII Congreso Internacional de Análisis Textual “Infancia y violencia: escenas de un drama”, cuya temática entronca sin duda con *Zerkalo/El espejo*, pues uno de sus protagonistas es el niño Filipp/Ignit y una de sus tramas principales tiene que ver con un aborto. El preciso tema escogido por el investigador es la representación en el film de lo que ha denominado de forma muy original mirada espejeante, que ha sabido desarrollar con maestría, ofreciendo, hasta donde llegó, una de las investigaciones sobre la obra de Tarkovski más interesantes en la literatura académica al respecto, al tiempo que muestra la potencia analítica de la Teoría del Texto citada. En esa propuesta o hipótesis de la mirada espejeante ya se muestra el acercamiento poético citado, un lenguaje del que está impregnado la película, pues, como afirma Goyes en el arranque del análisis del film: “El relato no narra trayecto alguno, sino que acontece poéticamente por asociaciones, pivota en espejo prolongando el cierre indefinidamente”.



Como nos recuerda el autor, este profundo y exhaustivo análisis textual lo es sobre una de las películas tarkovskianas menos analizadas de uno de los directores con más personalidad –y de los más herméticos. Y ello hasta el punto de que es la primera vez que se ha escrito en español un análisis completo de la película. Esto da cuenta de la necesidad y la singularidad de este ensayo y es uno de los motivos principales de la pertinencia de su publicación. Sin embargo, esta novedad se nos antoja insuficiente para sopesar su importancia. En este sentido, otro elemento significativo es la aplicación, muy pertinente, que Goyes realiza del análisis textual citado que da cuenta de la fertilidad de la Teoría del Texto, al tiempo que hace avanzar esta teoría en su aplicación práctica.

Otros valores destacables de este libro tienen que ver con su acentuado atractivo visual, pues aporta decenas de fotogramas tanto del film analizado como de otros con los que el autor provoca el diálogo y que tiene como efecto que su lectura sea no sólo amena y fluida, sino que, sobre todo, se refuerce la coherencia del análisis, incitando a que las imágenes hablen y que podamos dialogar con ellas, dejando que sean éstas, mediante su interpelación ajustada y precisa, las que se expliquen. En este sentido, hay que felicitar y agradecer a la editorial de la Universidad Nacional de Colombia, pues nos ofrece una edición de auténtico lujo, con fotogramas a todo color e impresas en alta calidad.

Además, el autor nos introduce en un texto más amplio que la sola película, lo que podríamos denominar el texto Tarkovski, autobiográfico y fílmico –igualmente de forma muy coherente– pues *El espejo* es un film trufado de elementos autobiográficos en la propia materia del texto, por ejemplo, al utilizar la voz en off real del padre. Para ello, el autor, peina toda la filmografía tarkovskiana en busca de elementos textuales, como el propio espejo, la infancia, el simbolismo del agua y el fuego, y otros, que dan cuenta del lugar central de este film concreto en la obra de Tarkovski y que da más valor, si cabe, al libro de Goyes.

Por último, pero no menos importante, pues seguramente es el elemento más original de este libro –y que convierte a su autor en un referente mundial a la hora de analizar no sólo *El Espejo*, sino toda la obra del director ruso–, es la conclusión acerca de que esa mirada espejeante surgiría no sólo del film analizado, sino que sus reflejos se extenderían por toda su obra; siendo, además, este film, el gozne o espejo, en sentido genealógico, de toda su carrera, no sólo por la posición central que ocupa (la 4ª, si contamos sólo los largometrajes, de sus ocho películas), sino también porque realmente supone, como afirma Goyes, una recensión de su cine anterior y una promesa del que estaría por venir, actuando, pues, y siguiendo uno de los presupuestos centrales de la Teoría del Texto, como Punto de Ignición del texto Tarkovski.



¿Qué queda del padre?
La paternidad en la época hipermoderna.
Massimo Recalcati. Xoroi, 2015

Parte primera. Unir el Deseo a la Ley

La evaporación del padre es para Recalcati el rasgo constitutivo de nuestro tiempo. Sobre ella planea la sombra terrible de un matriarcado arcaico y mortífero, una prolongación del vínculo con la imago originaria.

¿Qué padre se habría disuelto definitivamente? El Padre-garantía de naturaleza teológico-religiosa, el Padre-Uno.

El rechazo maníaco del sujeto del inconsciente en tanto sujeto del deseo, el rechazo del principio que hace accesible al hombre la posibilidad de desear, hace de la clínica moderna una clínica del antiamor: rechazo de la falta y el deseo que de ella surge.

El discurso capitalista sería el del triunfo del objeto. Donde triunfa la pulsión de muerte no se da la

La herencia del deseo

BASILIO CASANOVA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

posibilidad del amor. Rota la alianza entre Ley y deseo, el deseo sin ley empuja a gozar sin horizonte; un goce autista, mortífero, sin lazo alguno con el Otro.

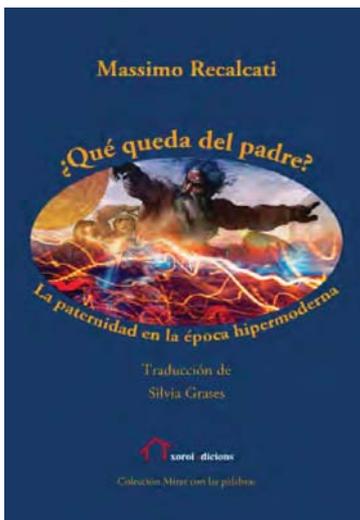
La ley del deseo

La ley del deseo surge sobre la definición de un imposible: el goce incestuoso de la Cosa materna como goce absoluto y sin faltas.

La voz de Dios es la llamada que aleja a Abraham de su familia. Para que haya reencuentro de uno mismo es necesaria la separación, el desarraigo, el desgarrar. El éxodo es condición del deseo. Escribe Recalcati: "el texto bíblico hace derivar al lenguaje mismo de Dios. Porque donde domina la Ley del lenguaje hay separación, hay imposibilidad de gozar de la Cosa, hay vida humana". La palabra del padre es traumatismo.

Pero la ley que estructura el deseo no es sólo la ley de la pura interdicción, sino que es, sobre todo, la Ley como don de la facultad del deseo.

Ignorar que la vida y la muerte definen el límite de todo saber, es desafiar a Dios. Toda transmisión se funda en la imposibilidad de gobernar ese misterio, la imposibilidad de un saber cierto sobre qué signi-



fica vivir y morir. Sólo en torno a ese vacío de saber, a este imposible puede darse una auténtica transmisión. Y el padre sería su guardián.

Sería este, pues, un padre del testimonio. ¿Cuál? El de transmitir la imposibilidad de un saber absoluto sobre la vida y la muerte. Ese vacío de saber abre la posibilidad de encarnar el propio deseo como vital y capaz de fructificar.

En Kafka hay interdicción sin don; la deuda simbólica asume el carácter de una deuda sacrificial en la que el padre exige un cobro. El hijo queda reducido a un mendigo; el don es aplastado en la deuda.

Además del padre severo –castrador de la satisfacción incestuosa– está el padre donador, permisivo, el padre que no prohíbe, sino que confiere el derecho a desear un deseo propio.

Cuando el deseo se desengancha de la ley se precipita hacia una deriva mortífera. Una Ley sin deseo genera opresión, menosprecio de la vida; mandamiento despiadado sobre el sujeto.

Para que haya transmisión es necesario, junto a la interdicción, don, promesa, fe.

Tercera vía

Para Recalcati se han dado dos soluciones igualmente insatisfactorias al declive de la función del padre. El retorno nostálgico al Padre edípico como garante de la Ley y la exaltación del cinismo materialista de lo real de la pulsión; la cara y el reverso de una misma hoja.

Ni recuperación nostálgica del Nombre del Padre, ni elogio cínico de la pulsión. Recalcati apuesta por una tercera vía: la del testimonio singular regido por el acto, igualmente singular, de quien lo produce. O también: encarnación singular del deseo en su alianza con la Ley. La tarea del padre consistiría en dar testimonio de esa alianza. Encarnar, en su propia existencia singular, la pasión del deseo.

Lo que queda del padre es la dimensión del testimonio, encarnada por la vía singular del acto. La función del padre es custodiar el vacío, el no saber, no con una intención nihilista, sino como condición de la transmisión del deseo. Sería la del padre una solución encarnada al enigma irresoluble de la vida y de la muerte.

La vida humana se nutre no sólo de comida sino de signos, del signo del amor del Otro: “La vida que no ha sido adoptada simbólicamente por el reconocimiento del deseo del Otro, la vida que ha sido expulsada, rechazada, vivida como un fastidio, un trastorno, una broma del destino, es una vida que tenderá a arruinarse”.

El lazo familiar debería ser aquel que hace posible el alejamiento. Un deseo que sea el propio deseo es una fuerza que aleja del núcleo familiar.

La necesidad del conflicto

El conflicto es un modo de simbolizar la violencia, un ordenamiento simbólico de lo real de la violencia que exige el reconocimiento de la alteridad del Otro. Sólo así puede inscribirse la diferencia generacional. Los hijos necesitan padres capaces

de soportar el conflicto. La familia hipermoderna –dice Recalcati– está dominada por una homogeneidad sólo en apariencia libre de conflictos.

La inactividad simbólica del Otro tendría como uno de sus efectos la hiperactividad. El niño se hiperactiviza para que algo de la función de la ley simbólica –ley de la castración– se movilice e intervenga. Síntomas contemporáneos como la anorexia, la bulimia, las toxicomanías, las depresiones o los ataques de pánico, nos hablan de un refugio patológico en un goce pulsional cerrado sobre sí mismo, monádico, asexuado y estéril.

Recalcati ve en el Nombre del Padre, así como en el Dios de la teología un paraguas demasiado pequeño para afrontar la contingencia ilimitada de la existencia. No poder prescindir del padre significa no poder servirse de él y poder reconocer su valor de testimonio, aceptar su herencia, asumir su Nombre.

Cómo acceder a la experiencia del deseo

El problema de la juventud actual es cómo acceder a la experiencia del deseo, a la capacidad de volver esta existencia digna de ser vivida.

El padre está llamado a introducir “un No que realmente sea un No” y a saber encarnar al mismo tiempo un deseo capaz de realización.

En una época en la que domina el «¿Por qué no?» se hace indispensable que

alguien asuma el peso de introducir la castración simbólica. Una generación debe donar el sentido el límite, pero también la posibilidad del deseo como fe en el porvenir.

En el camino de la vida, dice Recalcati, siempre hay una caída del caballo, un darse de bruces contra el suelo, un cara a cara con la dura arista de lo real. El objeto es siempre fallido, es siempre un vacío. La pulsión no se cierra sobre él, sino que debe rodearlo. Se trata de afrontar la experiencia del sexo sabiendo que no poseemos la clave para descifrar su misterio.

Parte segunda. Testimonios

Recalcati toma como testimonio de lo que puede dejar de verdad un padre, dos textos literarios –*Patrimonio* (1991), de Philip Roth y *La carretera* (2006), de Cormac McCarthy– y dos fílmicos –*Million Dollar Baby* (2004) y *Gran Torino* (2008), de Clint Eastwood.

En *Patrimonio* todo arranca cuando el padre –el del propio escritor– ve en el espejo del cuarto de baño que la mitad de su cara ha dejado de pertenecerle. El silencio de los órganos, dirá Recalcati, es de repente interrumpido por un grito lacerante; la intrusión de la enfermedad –un tumor en el cerebelo del padre– rompe la pantalla del yo.

El lugar del padre no puede salvar nuestra existencia de la contingencia ilimitada, ni ponernos a resguardo de la aleatoriedad de la vida; pero el del padre es un lugar fundamental para poder

habitar esa contingencia. Su función simbólica no se reduce a la persona física, sino a llevar consigo su propio límite, su propia castración.

El recambio continuo del objeto de goce sirve para mitigar el dolor de existir; domestica, seda, congela el deseo. Eso hace del discurso capitalista un discurso antiduelo. El objeto, dirá Recalcati, no celebra historia alguna, no relata nada, no conserva ninguna memoria.

Un pequeño cuenco de afeitador simboliza en *Patrimonio* la descendencia, un aporte del Otro. Un objeto de la memoria que se transmite de generación en generación, sobre la base de la muerte. Es un objeto que pertenece a todas las generaciones que el padre custodia en su nombre.

El lazo singular con el padre es lazo con el lugar del Otro como lugar Tercero, con el poder simbólico de la palabra en tanto tal.

El padre incluye siempre una cuota de intolerancia necesaria para preservar la diferencia generacional, generadora en sí misma de conflicto. Es la mancha ciega que el tiempo inscribe en las generaciones; la imposibilidad de una absoluta simetría.

El padre que dibuja Roth es un padre firme, pero sin intereses, capaz de renunciar al propio goce inmediato. Hay que ser capaz de perdonar al padre.

La transmisión no se da por la vía de las grandes obras, sino que se realiza sobre el resto.

En *La carretera* un padre y su hijo descubren un animal arcaico en el interior de una caverna. Estamos ante la imagen potente y angustiante de la Cosa del goce. La supervivencia es incierta, el mundo está sin Dios. ¿Qué queda del padre en este escenario apocalíptico?

Su «¡Aquí estoy!», su hacerse cargo del hijo; resistir. Cierta retórica lacaniana ha descuidado –escribe Recalcati– la encarnación particular del Nombre-del-Padre, su presencia concreta. Aniquilado todo horizonte de trascendencia, se impone valorar la presencia real del padre, de su palabra, de su testimonio. Es a través del testimonio del padre real como puede sobrevivir algo del padre simbólico.

Lo que haría existir a Dios es la vida del niño, de ese hijo que sería, entonces, Verbo. Se trataría de mantener encendido el fuego de la vida; la Ley del fuego es la Ley de la palabra, la Ley del deseo. Resistir al embrutecimiento, a la fascinación de la Cosa del goce, sólo es posible haciéndose animar por el amor.

Tanto en *Million Dollar Baby* (2004) como en *Gran Torino* (2008) nos hallamos ante el testimonio encarnado de cómo vivir el propio deseo como un deber. ¿Qué queda del padre cuando los lazos de sangre han fracasado? Se pierde el lazo familiar, pero otro lazo es reconquistado a un nivel diferente del de la descendencia natural.

«¡Seré tu entrenador!», le dice Frankie a Maggie en *Million Dollar Baby*. El acto, paterno, de adopción simbólica se convierte en la fuerza de Maggie. Y este acto

se produce como ruptura de un orden universal; el orden de la moral, de la sangre, de los dogmas.

¿Cómo transmitir el deseo de una generación a otra? ¿Cómo heredar el deseo? Este sería el tema central de *Gran Torino*. Se trata de dar testimonio de cómo ajustar el nudo que ata la Ley y el deseo. Huérfano de padre, único hombre en una casa de mujeres, Tao busca constituirse como hombre. Walt inicia a Tao en una pasión, lo inscribe en una comunidad de hombres, su función asume la forma de la

donación, de la transmisión del deseo. Tao, añade Recalcati, es diferente...

La ética del testimonio no es la ética del buen ejemplo; el testimonio más valioso es el que prescinde del ideal de una vida correcta. Sin embargo, es posible dar testimonio, como hace también Cohle en *True Detective*, de que el goce del Mal no es la última palabra sobre la vida. A través del trauma de la Ley, Tao se encuentra con un testimonio de cómo es posible unir ese trauma al deseo.